

Mas en serio que en broma

A freir monos a la montaña

Un hecho inusitado: la Secretaría de Hacienda, en la que un Lico Jiménez desde Relaciones Exteriores maneja los mecatitos que hacen hablar y moverse a Gurdíán, ha abierto sus puertas para dar paso a un plan en el cual se toma en cuenta el arroz y frijoles sin manteca que comen las clases pobres del país.

¿Qué ha ocurrido? ¿Acaso el espectro de la muerte se ha aparecido en sueños a Gurdíán a decirle las palabras evangélicas de que es más difícil que un rico se salve que pase un camello por el hueco de una aguja? ¿A qué ese interés repentino por poner la grasa en que se guisa al alcance de la masa trabajadora?

Nosotros sabíamos que Gurdíán era un servidor incondicional del trust eléctrico y de la United, pero jamás nos habría pasado por la imaginación que fuera capaz de salirse de la comodidad en que vive y de sus planes que sólo son cauces para llevar agua a su propio molino, con ánimo de pensar en el bienestar de la gente pobre. A no ser que en ese repentino interés, haya oculto un hecho como aquel que lo hizo mandar al Congreso un proyecto para reformar el Código de Procedimientos Civiles en lo referente al arraigo. Su inusitada piedad por los deudores pobres fué en dicha ocasión una mampara que protegía la huida de Benson aquel tipo que sirvió para realizar la estufa que privó de sus ahorros a cientos de ciudadanos pobres a fin de que al poderoso Chase National Bank de los Estados Unidos no perdiera ni un centavo. Y que nunca fué declarado por el gobierno «extranjero pernicioso». ¿De dónde esta preocupación de Gurdíán por el consumo de la manteca, de la masa trabajadora?—nos preguntamos y nos volvemos a preguntar. Porque Gurdíán es hombre que no arranca pelo sin saugre. De dónde le ha salido a Gurdíán tomar en cuenta lo desabrido que resulta sin manteca el lato nacional de nuestro pueblo, esto es el de arroz y frijoles, si a él nunca se le ha dado un ardite que los demás tengan o no qué comer?

Bueno, Gurdíán no es partidario de que el Estado monopolice las industrias nacionales. El está porque los monopolios extranjeros se apoderen de ellas... Pero en fin, sacrifica sus gustos por el bien social. De pronto se ha percatado que está sirviendo a un gobierno cuya mayor preocupación es el abaratamiento del costo de la vida y quiere secundarlo.

¡Cuán noble es el alma de Gurdíán!

Ya él ha estudiado el asunto y he aquí que ha sacado en conclusión que todo es poderse a sembrar maní, ajonjolí y girasol, plantas que se dan de lo mejor en nues-

tro suelo. Esto dará ocupación a muchos brazos y luego la gente pobre tendrá a su alcance la grasa para freir sus cositas.....

¡Qué magnanimidad! ¡Bajarse de su posición tan encumbrada para pensar en el arroz y los frijoles del pueblo! Parece discípulo de Buda. Pero habrá que introducir maquinaria... ¡Hum!, ¡hum!, ¡hum!...

No nos irá a pasar con Gurdíán y sus aceites como le pasó a Benjamín Franklin con aquel individuo que no hallaba dónde ponerlo mientras conseguía que le ayudara a afilar el hacha, pero que en cuanto la tuvo afilada cambió su tono meloso por uno insolente y le volvió la espalda?

Mas no seamos mal pensados; supongamos que por esta vez las intenciones de Gurdíán hayan sido inocentes. Ayudémosle en la reclame. Sugerimos los siguientes motivos para los carteles de propaganda: Un grupo de campesinos rientes y danzarines que en nada se parecen a los que trabajan en los bananales ni en los cafetales, a la sombra de una flor gigantesca de girasol; una semilla de maní que figura una vaquita con patitas, cachitos y ubre, y prendidos un grupo de chiquillos costarricenses muy diferentes por ejemplo de los hijos de los peones de Tres Ríos; una lata de aceite "GURDIAN" (porque el aceite vegetal que se obtenga en Costa Rica, deberá llevar el nombre del Ministro de Hacienda que le sirvió de protector) que derrama su suave y nutritivo contenido sobre el mapa de Costa Rica.

Y si despues que esté listo el aceite GURDIAN sacado de las semillas de ajonjolí, girasol y maní, el pueblo de Costa Rica no tiene nada que freir, debido a la miseria, y reclame su derecho a la vida? ¿Y si para entonces lo que no estuviera a su alcance fuera el arroz y los frijoles? ¿Qué hará en tal caso Gurdíán, si don León le da vida? ¿Nos irá a mandar a freir monos a la montaña con su bendito aceite para que le sirva de algo?

Una anécdota de nuestro Ministro de Hacienda disfrazado de Ministro de Relaciones Exteriores

Handan por ahí malas lenguas con un cuentecito de lo más peregrino:

Dicen que en una de las trascendentales reuniones que en estos días están celebrando con el Dr. Max los financieros ticos, sacó Lico Jiménez al Srío. de Hacienda en el recinto de Relaciones Exteriores, un libro de Cassel, para leer a la concurrencia un cierto párrafo:

Pero antes de seguir adelante, debemos explicar al lector profano en asuntos económicos, quién es Cassel.

Pues Cassel es un economista escandinavo con arraigo en Inglaterra, en cuyas obras se apoya el capitalista para seguir robando al prójimo al amparo de las leyes. Dichas obras tienen un barniz moderno, lo cual da pie a los conservadores para sentirse liberales a la última moda. Cassel es de los que aseguran que gran parte de la culpa de la crisis actual la tiene la moneda, y el Dr. Max es discípulo ferviente de Cassel.

Pues bien, dada tan somera explicación acerca de Cassel, sigamos con nuestro cuento.

Íbamos por donde Lico Jiménez, nuestro Secretario de Hacienda en el recinto destinado al de Relaciones Exteriores, sacó el libro del citado economista y se puso a leer en voz alta a los presentes un párrafo en apoyo de su tesis—que debe ser sin duda, la de que todo siga como está con el objeto de que Lico Jiménez pueda seguir enriqueciéndose a costa de los demás.

Parece que al oírlo el Dr. Max se quedó patético. El sabe que su profeta está por los remedios que no dañen al regimen capitalista, pero nunca supuso que pudiera sostener en forma tan visible su parcialidad, de tal manera que sirviera de apoyo al estrecho egoísmo de un cafetalero costarricense.

Pero resulta que terminada la reunión uno de los allí presentes, no quedó satisfecho con la lectura del párrafo y se fué a ver en dónde encontraba la obra citada de Cassel, hasta que dió con ella. Buscó el pasaje y... ¡se va encontrando con que lo que había leído don Manuel Francisco Jiménez Ortiz, Srío. de Estado en el Despacho de Hacienda de Relaciones Exteriores era un arreglo exclusivo suyo, exactamente de la forma y tamaño de su propia conveniencia. ¿De qué no es capaz este hombre que acumuló un buen capital con las «tercerillas» del tiempo de los Tinoco?

Esta anécdota—de ser cierta—nos recuerda lo de un picaruelo que entretenía a su padre ciego, leyéndole vidas de santos, pero a su antojo. Un día en que le leía la de San Cayetano, encontró una frase que comenzaba en una línea y terminaba en otra. Precisamente la última sílaba del nombre del santo lo que no cabía en el renglón, y entonces nuestro Lazarillo leyó así:

Según dice San Cayetano es pecado robar.

Ve padre,—dijo el muchacho,—aquí tiene un santo que sostiene que NO es pecado robar.

Imprenta CARTIN Hs.

A. B. C. del COMUNISMO

Asociaciones de Capitalistas = Los Sindicatos capitalista y los TRUSTS

El desarrollo de la concentración y centralización del capital no se detiene en las Sociedades por acciones. (Véase No. anterior). Durante los años transcurridos de este siglo XX, han surgido en lugar de las empresas individuales y de las sociedades por acciones, asociaciones de capitalistas, conocidas con el nombre de carteles y trusts. Supongamos que en una rama cualquiera de la producción, por ejemplo en la industria textil o en la metalúrgica, hayan desaparecido los pequeños capitalistas; no han quedado sino cinco o seis empresas enormes que producen casi todos los artículos de esas industrias. Dichas empresas entran en lucha, bajan los precios para hacerse la competencia y obtienen así menores utilidades. Podemos suponer dos cosas: que algunas de estas empresas sean más fuertes que las otras y que continúen la lucha hasta que las más débi-

les se arruinen o que las fuerzas de todas son más o menos iguales. Tienen la misma potencia de producción, un número igual de obreros, las máquinas son las mismas y el precio de los artículos obtenidos es el mismo. ¿Qué va a ocurrir entonces? La lucha no va a dar la victoria a ninguno, va a agotarlos a todos por igual, disminuirá los beneficios de cada uno. Entonces los capitalistas llegarán a esta conclusión: ¿Qué sacamos con echarnos a perder los precios mutuamente? ¿No vale más unirnos y robar en banda al público? Si nos unimos no habrá más competencia, todas las mercaderías estarán entre nuestras manos y podremos alzar los precios hasta donde nos dé la gana. Es así como nace un sindicato capitalista o un trust.

Un sindicato capitalista se llama también un cartel. Un cartel se diferencia de un trust en lo siguiente:

cuando se forma un cartel, los capitalistas que forman parte de él convienen en no vender las mercancías más arriba de cierto precio; en distribuirse los pedidos y en compartir los mercados, es decir que unos venderán en cierto lugar y otros en otro. Pero la dirección del cartel no está facultada, digamos, para formar una empresa cualquiera; cada empresa forma parte de la asociación pero guarda cierto grado de independencia. En un trust por el contrario, se unen tan estrechamente, que cada empresa particular pierde toda independencia; la dirección de un trust puede cerrar un establecimiento, transformarlo, transportarlo a cualquier parte, si lo juzga ventajoso para el conjunto del trust. El capitalista propietario del establecimiento continuará recibiendo parte del beneficio que produce pero el conjunto está dirigido por la unión estrecha y coherente de los capitalistas

que forman el trust.

En el momento que vivimos los trusts dominan casi el mercado mundial. No tienen ninguna competencia porque ellos mismos la han ahogado casi enteramente. La competencia ha sido reemplazada por el monopolio capitalista, es decir, por el dominio del trust.

Es así como la concentración y la centralización del capital han echado a un lado la competencia. Se puede decir que la competencia se ha devorado a sí misma, pues cuanto más progresaba la centralización con más rapidez se arruinaban los capitalistas más débiles. La centralización ha acabado por matar a la competencia que la hizo nacer. El libre juego de la empresa privada es decir el juego de la libre competencia, ha sido sustituido por el dominio de las empresas monopolizadas de los trusts.

A principios de este siglo en los Estados Unidos, por

ejemplo, el poder de los sindicatos o carteles capitalistas era muy grande: tenían más del 50 por ciento de la industria textil; el 54 por ciento de la minera, el 84 por ciento en la del hierro y del acero. Y a la hora actual toda la producción en América se halla concentrada en dos trusts: el del petróleo y el del acero.

Según los cálculos de un hombre de ciencia suizo, ya al principiar el siglo XX, la mitad de todos los capitales del mundo se encontraban en poder de los sindicatos capitalistas y de los trusts.

En el número que viene trataremos en esta sección del dominio de los bancos.

Demostración de CONDOLENCIA

El 23 de mayo pasado murió en Alajuelita doña Esperanza Solano de Mora, esposa de nuestro compañero Gonzalo Mora Rojas.

Para el compañero y su familia, nuestro más sentido pésame.